

# FRAGIL VELAMEN

Por

Pierre CHILI



**N**O LO busquéis a bordo. Ya no está en la Marina. Tantos cántaros suyos habían ido al agua que lo despidieron del servicio.

Al despedirse para siempre de a bordo, se alejó sonriente. Al llegar al muelle volvió la vista hacia su buque, que, como un cofre sagrado y fragante, guardaba los mejores pedazos de su vida y se empañaron sus ojos. En seguida, triste y silenciosamente se perdió entre el tumulto de la ciudad indiferente.

Sus compañeros lo llamaban "El Loco". Pero no era precisamente un loco. Era una mezcla extraña: un loco, un cuerdo, un puritano, un calavera, un arzobispo y un bandido, según las malas o buenas brisas que impulsaran el frágil velamen de sus deseos. Y por sobre todos sus defectos, el alma eternamente buena, la eterna primavera de un eterno niño.

Félix Lamarza se vestía apresuradamente de paisano, dejando en confuso desorden el uniforme que se quitara, disparado en todos los rincones de su estrecho camarote. Mientras se vestía y caminaba de un lado a otro, cantaba alegres canciones napolitanas, cuyas palabras él no las entendía ni mucho menos se las hubieran comprendido en Nápoles.

Dos cornetazos se dejaron oír en cubierta, anunciando que el bote de régimen se encontraba ya listo.

—¡Diablos! —exclamó Lamarza—, ya está listo el bote. Cerró con estrépito la puerta de su camarote y subió a grandes zancadas la escalerilla que comunicaba la sala de armas con la cubierta.

—¿No han tocado tres todavía?

—No —le respondió un oficial—. Faltan algunos minutos para las ocho.

Lamarza no ocultaba su alegría. Alborozado, miró a la luna que plateaba al buque y que extendía un movedido manto de nácar fosforescente sobre las cabrilleantes aguas.

—¡Hermosa noche! — se dijo.

Y era, en verdad, hermosa aquella noche.

Se dirigió al portalón y bajó la escala real que conducía a la embarcación que aguardaba atracada al costado del buque.

—¡A dejar oficiales! ¡Larga! ¡Regresa a bordo! — ordenó el oficial de guardia desde la cubierta.

Los remos se alzaron en forma de abanico; con un golpe seco cayeron sobre la borda, y, cual descarnadas, largas y blancas alas se extendieron, sumergiendo sus palas en el agua. Pronto el bote viró y se puso en movimiento hacia el muelle,

hacia la ciudad, que semejaba un inmenso y fantástico fanal tachonado con millones de luces.

Así como en ciertos días de festividades los buques empavesan sus mástiles con pintorescas banderolas, adquiriendo el buque un vivo aire de fiesta, así iba la cabeza de Lamarza: empavesada de fiestas interiormente.

Sin él no podía haber fiesta entretenida. Como un río de oro se desbordaba el tesorero de su juventud y de su alegría contagiosa.

—¡El loco ¡El loco Lamarza!— gritaban hombres y mujeres cuando lo veían aparecer. Y la fiesta que languidecía súbitamente se animaba con sólo aparecer en el umbral de la puerta la cara risueña del Rey de la Alegría, del simpático loco.

Tenía razón para sentirse contento aquella noche, pues en tierra se encontraría con Rubí, a quien llamaban la Duquesa del Bal Tabarín, cuyos nobles blasones consistían en gustos ducales: champaña, automóviles y collares de perlas.

¿Cómo es que él, que ni con un año de su sueldo hubiera alcanzado a pagarle una hora de sus gustos a Rubí, habíasela conquistado con aquella fama que ella tenía de mujer interesada? ¡Un raro capricho! Tal vez la hermosura varonil de aquel dechavetado que algunas mujeres sensibles se lo imaginaban un pequeño Lord Byron, elegante y calavera. O bien el contagio de la cadenciosa música del baile de la última noche, en la que ella, arrastrada por él, habíase sentido admirada por los centenares de ojos que les seguían, proclamándolos a ambos como la mejor pareja, mientras los violines iban repitiendo con el baile el nombre de la duquesa, nombre que la enloquecía de placer y satisfacción orgullosa:

"Frufrú del Tabarín

desprecias la virtud...".

Al despedirse de Rubí, habíalo ella invitado para la noche siguiente. Era carnaval. Hombres y mujeres, vestidos de romanos, cenarían en triclinios, recostados a la romana, lloviendo rosas.

—No falte usted—, habíale dicho Rubí—. Algo me dice que vamos a ser dos espléndidos amigos.

—Más que amigos—habíale contestado Lamarza—. Un Duque del Tabarín, eso quisiera...

—Si usted no falta...

Y esa noche, al bajar a tierra, el loco sentíase más que duque.

Al recordar a su gentil duquesa, dilató su pecho para respirar con regocijo el deleitable airecillo fresco y salobre que soplaban débilmente sobre el mar plateado. Antojábasele demasiado largo el trayecto al muelle y tuvo intenciones de ordenarle a los bogas que apuraran sus remos. Pero ya llegaría a tierra. Era un poco más de las ocho y la reunión se iniciaría como a las diez y media.

Una vez en tierra, pensó que sería conveniente presentarse con algún regalo para Rubí y sacó mentalmente sus cuentas. Descontados sus gastos, le sobrarían unos pesos; una insignificancia, prefería llegar con sus manos vacías. Pero quien sabe si viendo con calma en las joyerías del centro, encontraría algo de buen gusto por aquel precio.

A medida que andaba pensaba cómo a esas horas Rubí alistaría su casa para recibir a los amigos. Había dicho que adornaría el comedor con copihues blancos y rojos, sin respeto a la verdad histórica, trasladando las selvas de Arauco a la Corte de los Césares... A las once, vestidos de romanos, recorrerían los sitios en que se celebraba el carnaval, y, a la una, la gran cena a la romana, lloviendo rosas. Y él, al lado, en el mismo triclinio de Rubí, sería su gran duque...

Pero no encontraba alhaja que le agradara. Vio un "pendantif" que lo entusiasmó: perlas, rubíes y brillantes sobre una filigrana de platino. Dos mil quinientos pesos. ¡Cómo cuestan caras estas necedades por las cuales son capaces de perder la honra y de asesinar a las mujeres!, pensó el loco.

Rubíes... Rubí se llamaba la duquesa. ¿Éran azules o verdes sus ojos?

—Para lo que me importa— se dijo.

De escaparate en escaparate llegó hasta una vidriera iluminada con profusas lamparillas. Sobre gruesos cristales sostenidos por dorados bronceos, entre terciopelos anaranjados, azulejos y oro, vio una colección de zapatos de mujer que abrían sus bocas como un tibio nido de raso. Recordó un pie pequeño y unos tobillos finos. Incuestionablemente, Rubí era intachable desde la punta de sus zapatos a la nuca de su cabecilla loca.

A poco de detenerse frente a aquella vidriera, vio a una demacrada mujer del pueblo que con ojos codiciosos observaba los elegantes zapatos. Lamarza la miró. Llevaba la mujer unos viejos botines rotos. El loco experimentó un súbito sobresalto de compasión.

—¿Le gustan esos zapatos, señora?

La mujer bajó la cabeza.

—Estas cosas son para los ricos y no para los pobres, señor.

Repentinamente a Lamarza acudió una idea que él consideró genial: espantar a aquella mujer y hacerla creer como si estuviera soñando...

—Tenga la bondad de entrar, le dijo.

La mujer, temerosa de una burla, quiso resistirse; pero Lamarza la tomó de un brazo.

—Elija usted zapatos. No tenga miedo. Aquí hay plata.

Y depositó un grueso fajo de billetes sobre el mostrador ante el asombro de los dependientes.

—Dele usted a esta señora tantos zapatos cuantos se puedan pagar con este montón de pesos.

La mujer lo miró asombrada, pensando encontrarse ante un loco, e imaginando aquello como la fugitiva impresión de un sueño. Lamarza ayudó a la mujer a acomodarse el abultado paquete.

—Que pase usted un buen carnaval con tacones dorados, señora— le dijo despidiéndose ceremoniosamente.

Salió diciéndose:

—Adiós fiesta y adiós el diablo de la duquesa con su cena a la romana y sus lluvias de rosas.

Una voz agradecida le gritaba a sus espaldas:

—Gracias, señor.

Lamarza no la oía ni quería oirla. Tomó un coche y se dirigió al muelle.

Una vez a bordo llamó al oficial de guardia. Soltó la risa, franca y limpia como una cascada de vertiente, y le refirió lo que él pensaba un divertido lance.

—¡Hubieras visto sus ojos espantados, ¡Imagínatela! ¡Pobre mujer! Le tuve un poco de lástima. Los pesos me hubieran durado horas y ella, en cambio, tiene cuento para toda su vida y zapatos para mucho tiempo, si es que no los empeña.

Su amigo le dijo benévolutamente:

—Hoy el santo de tu devoción debe haberte anotado una buena nota en tu mala hoja de servicios.

—Hay que recuperar las malas... Debe tenerme en la lista negra el zorro viejo.

Guardó silencio y se quedó pensativo. Al cabo de un momento dijo:

—Pero la del diantre es que ahora me están bajando deseos de ir a ver a mi duquesa. Si tuviera plata me lanzaba por el bote de las once. Pero no tengo. ¿Podrías prestarme hasta el primero?

—Lo siento, loco.

—Es una lástima... Simpática la duquesa.

Y triste se quedó pensando en su duquesa y en las lluvias de rosas...

Tal era aquel loco que un día, triste y silenciosamente, se perdiera entre el tumulto de la ciudad indiferente.

De "Mar y Tierra Nuestra".

